

Instrucciones

Este libro es un viaje en el tiempo. En este tiempo. El nuestro. Ese que a veces transcurre tan deprisa que se nos escapa. Porque últimamente, seguro que lo has notado, la actualidad corre más rápido, como si en vez de años humanos viviéramos años de perro. Está claro que el tiempo no siempre tarda lo mismo en pasar.

Si no, cómo se explica que haga por lo menos un siglo que el presidente fuera un señor de Pontevedra que jugaba al dominó y presumía de previsible, ese que luego tendría la salida del poder más imprevisible de todas con aquel bolso en el Congreso de cuerpo presente; un siglo hace también que llenamos compulsivamente los altillos de papel higiénico, aprendimos lo que era un PCR y teníamos toque de queda. ¿Y desde que una guerra en Europa nos parecía imposible? ¿Cuánto ha pasado de todo esto?

No son años normales. Son años de perro. Y puedes releerlos en estas páginas en un presente reposado a través de mis crónicas de entonces, cuando aún nada de esto había sucedido y no sabíamos lo que vendría después. El lector echará algunos acontecimientos de menos y otros de más. No es un libro de historia, es una selección para hacer memoria. Y la memoria siempre es aleatoria.

Algunos artículos cuentan lo que está pasando, otros anticipan lo que pasará y los hay que se equivocan tanto que resultan muy esclarecedores de lo que por entonces parecía verosímil. Porque la historia no sigue una lógica. Y no hay como repasarla en tiempo real para recordarnos que todo pudo haber sucedido de otra manera.

Hace apenas siete años que empezábamos a temer, tras el Brexit, lo rápido que circulan las mentiras en Facebook y a llamarlas *fake news*. Pero no nos imaginábamos hasta qué punto entrábamos en la era de la posverdad. Ahora con ChatGPT ya no es que no podamos saber qué es o no cierto, es que ni siquiera sabemos qué es humano.

El libro empieza con el tiempo detenido en una España que lleva trescientos días en funciones y en la que parece que no pasa nada, pero en la que todo está a punto de cambiar. Con Mariano Rajoy fumándose un puro en la Moncloa haciendo como que la Gürtel no va con él mientras el PSOE va desintegrándose en manos de una gestora. Pedro Sánchez está recorriendo España en un Peugeot y Susana Díaz es la gran favorita (¿te acuerdas de Susana Díaz?). Era cuando el bipartidismo empezaba a sonar a viejo. No sabíamos que los que iban a envejecer peor eran los nuevos partidos, peor incluso que las metáforas políticas con *Juego de tronos*.

Ha cambiado todo tanto que hasta el pasado cuesta imaginarlo. No imaginábamos, cómo íbamos a imaginar, que la noche de la moción de censura que lo sacó del poder, Rajoy se iba a ir, como tantos otros españoles cuando se enteran de que han perdido su empleo, a un bar cercano. Ni que pasaría de ser presidente del Gobierno a registrador de la propiedad de Santa Pola. Sí, aquello también pasó.

También sigue sorprendiendo recordar cómo Sánchez pasó de expulsado de Ferraz a presidente del Gobierno. Y ahí sigue, dos elecciones generales después. De su colchón de la Moncloa, ese en el que Iglesias no le impidió dormir a pierna suelta, no han sido capaces de sacarle ni Feijóo ni Casado (¿te acuerdas de Casado?).

Cuando empieza este libro el mundo era otro por muchas otras razones. No sabíamos que tras Obama iba a llegar Trump ni que siete años después íbamos a estar de nuevo en vilo por si vuelve. No sabíamos que Puigdemont iba a liarla tanto con el *procés* ni mucho menos que Sánchez lo iba a amnistiar después. La verosimilitud está sobrevalorada en la política actual.

¿Cómo iba Estados Unidos, un país próspero y avanzado, a votar como presidente a un hombre abiertamente machista y xenófobo? ¿El que decían que se moderaría y luego alentó un asalto al Capitolio? ¿De verdad puede volver Trump? ¿Y cómo iba una sociedad como la catalana, próspera y culta, a apoyar una deriva política que precipitó una fuga masiva de empresas en la mayor crisis desde la Transición? ¿Y de verdad puede volver Puigdemont?

Como dice Hamlet, el tiempo está fuera de quicio. Nada como reencontrarnos con los fantasmas del pasado para recordárnoslo.

A cuántas cosas que nos parecían increíbles nos hemos ido acostumbrando en estos años y, lo que es más sorprendente todavía, de cuántas nos hemos olvidado, incluía la tilde en “sólo”.

Este viaje es para volver con calma a cuando nunca teníamos tiempo ni de parar un momentito a sorprendernos a gusto, empachados de más titulares de los que

somos capaces de digerir. Un repaso para el reposo de estos tiempos tan acelerados en presente continuo, llenos de amnesia y sobresaltos.

Entre tanta política hay muchos cambios sociales que han ido transformando el mundo, a veces de a poquitines, a veces de repente; hay guerras que parecían imposibles, desafíos que no vimos venir y tecnologías a las que nos hemos ido acostumbrando, aunque sigamos sin entender dónde nos llevan. Y, de fondo, Madrid. Mucho Madrid. La ciudad es a lo largo de todo el libro un testigo fiel de todos estos cambios. El reflejo de lo cotidiano, del día a día, lo que permanece.

A medida que van pasando las páginas, Europa también va cambiando. Poco a poco nos empezamos a tomar en serio, qué remedio, los populismos y la extrema derecha. Al principio no sabíamos si eran para tanto. Ahora no sabemos cómo pararlos. Como la amenaza del cambio climático, cada vez más presente, hasta volverse ineludible.

Ha sido, además, tiempo de mucho feminismo. Esperemos que lo siga siendo. Es la gran transformación del momento. Los años de La Manada y el #MeToo. Los del «estáis en un plan» y el «no se puede decir nada». No olvidemos que Harvey Weinstein todavía era un reputado productor de Hollywood hace apenas siete años.

Como en las películas de terror en las que el espectador sufre porque sabe más que sus protagonistas del peligro que corren, sabrás lo que viene al pasar la página. Sabes qué va a pasar con ese virus que al principio no nos tomábamos en serio y sabes que mientras escasean las mascarillas otros se están forrando con ellas. Sabes la que se va a liar con un máster y esas cremas Olay a punto de aparecer. Sabes que

cuando Sánchez dice que nunca pactará con Podemos acabará haciéndolo y que Pablo Iglesias pasará de asaltar los cielos a montar un bar en Lavapiés.

Sabes que, aunque creamos que no, al final Putin va a invadir Ucrania, pero a lo mejor se te ha olvidado que en las farmacias se nos acabaron las pastillas con yoduro de potasio por miedo a una guerra nuclear. Más inverosímil que esa amenaza es que nos hayamos ido acostumbrando a ella. O, mejor aún, a olvidarla. A ratos, al menos. Va y viene.

Como lector tienes una ventaja que no teníamos entonces, mientras todo esto sucedía. Puedes saltar en el tiempo. No hay por qué quedarse atrapado en los meses del *procés*, ni en los años de la pandemia ni en aquella España en funciones de repetición en repetición electoral. Puedes elegir tu propia aventura y hojear a tu antojo el tiempo.

La primera parte del libro es cuando todo empieza a cambiar, casi sin darnos cuenta. El bipartidismo se desmorona, llega Trump y estalla el *procés*. En la segunda, todo para, de repente, con la pandemia. Y en la tercera, todo se acelera: con la invasión de Ucrania saltan por los aires las pocas certezas que nos quedaban. Europa se da cuenta de lo vulnerable que es y de que el fin de la Guerra Fría ya no es lo que era. Como no sabemos dónde nos lleva todo esto, estamos en una nueva era sin nombre.

La historia no es lineal, sino una de esas barras de *sushi* que no paran de girar, por más que los veamos alejarse, siempre hay nombres que acaban volviendo. Nunca desaparecen del todo. Igual que los miedos. Así que estás invitado a leer dando vueltas, como la vida misma.

Para ver cómo hemos cambiado puedes saltar de los inicios del #MeToo al piquito de Rubiales; del cuento de la lechera del Rivera que se veía presidente al día que las urnas lo mandaron para casa. Del Sánchez del “No es no” al del sí a los indultos y la amnistía; del Feijóo que presume de moderado al que pacta con Vox; del Rato en la cárcel al Aznar que reaparece amenazando con volver; de la infanta testificando en el juzgado al emérito en Emiratos para no tener que hacerlo; de las fiestas de Boris Johnson a las del Tito Berni; o de Orban y Le Pen a Bolsonaro, Meloni y Milei, pasando por el fin de Berlusconi. Elige tu propia secuencia, viajando en el tiempo, de todo lo que ha pasado es lo único que vas a poder cambiar.

A veces el tiempo corre y los días históricos no paran de amontonarse. También hay veces que se para. O entra en bucles de nunca acabar para volverse a acelerar después. Todo junto, todo a la vez, da más vértigo que nostalgia.

Revivirlo en presente, con estos artículos escritos a medida que todo pasaba, ayuda a recordar cuando resultaba increíble lo que ahora nos parece inevitable. No lo fue, pero lo parece. Da igual que no haya *spoilers* posibles porque sepas lo que va a pasar, lo importante es que se te había olvidado que pudo haber sido de otra manera. Esa es la verdadera tragedia, también la comedia.

La prueba de que el mundo está cambiando muy deprisa es que ya no hay que mirar al futuro para sentir la aceleración, sino hacia atrás. Los mayores cambios están aquí. Lo han estado todo este tiempo. No deja de tener su gracia que desde que empecé a escribir libros sobre el futuro no haya habido nada más incierto que el presente.

La incertidumbre no eran los coches sin conductor, sino la actualidad sin rumbo.

Fue hace precisamente siete años. Tenían que ser siete. Nada más publicarse *El fin del mundo tal y como lo conocemos*, en septiembre del 17, empezó a desmadrarse el *proceso*. Mi siguiente libro iba a salir en marzo del 20, pero justo llegó la pandemia y *Lo imprevisible* acabó, como todos, unos meses confinado. Entenderás que me haya tomado un tiempo antes de sacar el siguiente libro. A ver qué pasa esta primavera.

En siete años seguro que tu vida ha cambiado mucho también. ¿Dónde estabas el 1-O? ¿Y cuando empezó la pandemia? ¿Cómo hemos cambiado desde entonces? A mí me ha dado tiempo a mudarme un par de veces de casa y otras tantas de periódico.

Los primeros artículos los escribí en *El Independiente*. Una moción de censura, un 155 y unas elecciones generales después me fui a *El Confidencial*, que es donde escribo desde entonces. También en estos años he pasado en Onda Cero de traspasar en La Brújula a madrugar en Más de Uno. Así que los artículos escritos antes del amanecer a lo mejor me los has oído al darle los buenos días a Carlos Alsina.

Son tantas las veces que en estos siete años hemos visto el mundo ponerse patas arriba que inspira cierta ternura cuando, antes de amontonársenos, los apocalipsis todavía nos pillaban por sorpresa. Lo que más sorprende al releerlos todos seguidos es recordar cuando todavía creíamos vivir tiempos normales. Hace no tanto de aquello. Apenas un año de perro.

Madrid, 31 de marzo de 2024

PRIMERA PARTE
CUANDO TODO CAMBIA

Snchz y el juego del ahorcado

03/10/2016

Primero fueron las vocales. Mal augurio. Y de Pdr Snchz ya no quedan ni las consonantes. De tanto apocoparse, la Secretaría General del Partido Socialista se ha quedado sin nombre. Como si se les hubiera ido de las manos el juego del ahorcado, ese que consiste en ir adivinando letras hasta despejar el nombre oculto, de la soga ya cuelga el pobre PSOE. Su empeño en suicidarse recuerda demasiado al del maltrecho Pasok.

De entre todas las causas que han barajado estos días sesudos analistas y politólogos de guardia para explicar con técnicas forenses la debacle socialista, está pasando inadvertido que todo comenzó con los apócopes lingüísticos. Pero ahora que todos cargan contra Snchz, conviene recordar que esta moda de quitarse letras empezó, igual que la crisis del PSOE, con ZP.

Fue el último presidente socialista, quién sabe si de la historia, el que tuvo el honor de haberle puesto día y hora a la estocada que empezó a desangrar de votos a su partido.

Más poético habría sido a las cinco de la tarde, como aquel llanto lorquiano, pero fue a mediodía del 12 de mayo de 2010. Si al torero las heridas le quemaban como soles, al PSOE lo abrasaron aquellos recortes de 15.000 millones que ZP anunció en la plaza parlamentaria.

La herida que ahora quiere coser Susana Díaz ya empezó a abrirse entonces. La desilusión de sus votantes se le derramaba al PSOE a borbotones. Y para remediarlo, en vez de poner un candidato que reilusionara a su electorado de 2011, los barones consideraron más urgente optar por alguien capaz de mantener unido al partido. Rubalcaba fue, más que sucesor, el sustituto de ZP.

A este también le dio por comerse letritas. Acuñó Rbcb de firma en Twitter. Para que luego sus críticos le acusen de no haber hecho nada por la regeneración del PSOE en los tres años que estuvo al frente de la Secretaría General. ¡Lenguaje tipo SMS! ¡Vanguardia pura! Con ayuda de esta nueva firma, Rbcb dijo que esperaba tener una comunicación directa con los jóvenes. Y en vez de para dialogar con él, menuda sorpresa, estos emplearon las redes sociales para azuzar el 15-M.

“Doscientas personas no pueden poner patas arriba una ciudad”, decía Rbcb en verano de 2011. No sospechaba el exvicepresidente del Gobierno que aquellas movilizaciones ciudadanas, además de la Puerta del Sol, pondrían patas arriba el bipartidismo. No fue el único en subestimar los cambios en el electorado y en los nuevos partidos que estaban por surgir.

Tres años después, en vísperas de las elecciones europeas que abrieron otro poco la herida socialista, el estadista Pedro Arriola diría que Podemos eran cuatro “frikis”

pululando por Madrid. El sociólogo sí que acertó, sin embargo, pronosticando que el PP iba a echar de menos a Rubalcaba. Cuántas veces habrá dicho Rajoy, harto de estar trescientos días en funciones, que si aquel siguiera al frente del PSOE “esto no pasaría”. A más de un periodista se lo ha confesado en la Moncloa.

El ya ex secretario general ha cometido graves errores. Atrincherarse en el “no es no” sin ofrecer alternativas de Gobierno ha sido tan letal como subestimar el poder conspiratorio de los barones. Pero no es justo echarle todas las culpas de un desaguizado que empezó en Ferraz mucho antes de que Snchz borrara sus vocales de aquella web inolvidable con aires a disco de Álex Ubago.

Desde 2011, el PSOE ha perdido seis millones de votos. Los recortes de ZP abrieron la herida y, subestimando el 15-M, a Rbcb se le infectó. Incapaz de gestionar semejante legado, a Pdr Snchz se le ha gangrenado el partido con más historia de España.

Está por ver si amputar la Secretaría General, con la militancia partida en dos, ha sido o no una buena idea. Ahora el PSOE se juega su futuro en otra partida al ahorcado. Debe resolver rápidamente el nombre oculto tras el próximo panel.

Viaja al 26/03/2017 o al 01/06/2018 o al 22/07/2023

El Museo de la Corrupción

04/10/2016

Hoy la Audiencia Nacional se ha convertido en lo más parecido que tenemos en España, y ya nos iba haciendo

falta, a un Museo de la Corrupción. Con tanto político presente, es raro que ninguno se ofrezca a inaugurarlo. Como en las grandes ocasiones, en este museo en forma de tribunal también hay cola para entrar. A la entrada, un mostrador tras el detector de metales. Las entradas de exposición temporal las facilita en la puerta la Policía Nacional.

—Usted, ¿a qué juicio va? —pregunta un agente, como quien duda si a Renoir o Caravaggio.

—A Gürtel.

—¿Y usted?

—Tarjetas *black*.

—¿Acusado o letrado?

Si esto fuera *La vida de Brian*, le habrían preguntado si libertad o crucifixión. Pero aquí las penas no llegan a tanto. Entre los treinta y siete acusados de Gürtel, las condenas que pide la Fiscalía Anticorrupción suman setecientos treinta y dos años de cárcel. En las *black*, para quien más pena pide es para Blesa y Rato: cuatro años y medio. Al exjefe de la CEOE, Gerardo Díaz Ferrán, cuatro, y dos para el ex director financiero de Caja Madrid, Ildelfonso Sánchez Barcoj.

Todos hacen cola para entrar en la Audiencia, convertida en galería de los dos casos más emblemáticos de malversación, despilfarro y corruptelas. ¿Acusado o letrado? ¿Libertad o crucifixión?

Una funcionaria judicial indica en el *hall* a los acusados que tienen que esperar antes de entrar a la sala. Las *black* en la planta de arriba, Gürtel en la de abajo. Apenas unos metros separan ambas salas. Bienvenidos al Museo de la Corrupción.

Si esto fuera una visita guiada, la funcionaria judicial empezaría explicando al corrillo de la entrada que el sumario del caso Gürtel se divide, como la obra de los maestros, en dos grandes épocas. La denominada Época I: 1999-2005 es la que se juzga ahora. Tan magna es la obra de la trama presuntamente urdida por Francisco Correa que hay que dividirla en dos (la segunda, por cierto, de 2000 a 2009).

Una pena que la Gürtel no se pueda clasificar, como los estilos de Picasso, por colores. Aquí todo pinta azul Génova. Basta con ver reunidos en el *hall* a tanto ex alto cargo del PP: el extesorero popular Luis Bárcenas; el ex secretario de Organización del PP gallego, Pablo Crespo; Jesús Sepúlveda, antiguo alcalde de Pozuelo de Alarcón y exmarido de Ana Mato... Si Correa hubiera venido de chaqué parecería la boda de Ana Aznar en El Escorial.

Pero en el Museo de la Corrupción hay mucho más. Pasen y vean.

Arriba, a su derecha, subiendo las escaleras de la Audiencia, pueden contemplar los sesenta y cinco acusados de apropiación indebida esperando a que se abra la sesión por las tarjetas *black*.

Abajo, Bárcenas habla con su abogado (ojalá le estuviera diciendo al oído: "Luis, sé fuerte") y Correa saluda a Arturo Fernández, el único de las *black* que se deja ver abiertamente con la panda de Gürtel. La mayoría de exbanqueros prefiere subir rápidamente las escaleras de la Audiencia, como si no los conocieran, como si fueran camino de una sala vip, que no es otra que la Sala Segunda de la Audiencia Nacional. También en los museos siempre ha habido clases.

Tras el desfile de acusados de la temporada otoño-invierno, empieza la sesión.

Arriba testimonia Rato, seguido de Sánchez Barcoj.

Abajo, Francisco Correa y Pablo Crespo, en la primera fila, escuchan las penas a las que se enfrentan. Al fondo de la sala, Álvaro Pérez, El Bigotes.

Arriba, Rato dice “no los reconozco”. Así podría titularse su *performance*. Con aplomo, como un artista consagrado que se sabe su papel, rechaza el exvicepresidente del Gobierno la autenticidad del excel aportado por Bankia. En estas páginas, aún sin enmarcar, se registran los gastos de casi cien mil euros. De autorías y falsificaciones también saben mucho los museos.

Abajo, una silla vacía. La de Ana Mato, considerada partícipe a título lucrativo, que, aunque tenía reservado su sitio, ha preferido perderse la inauguración del juicio. Tenía derecho a hacerlo, pero ya le tocará declarar. Faltan muchas exhibiciones en este museo.

Arriba, Rato da un título para un cuadro surrealista: “No quería discutir de dinero con Bankia”.

Abajo, las acusaciones populares piden al tribunal que cite a declarar como testigo al presidente en funciones Mariano Rajoy.

Arriba, Barcoj dice que, por suerte, a él no le han asignado en su *black* lencerías y clubes... “Que a mí me parece muy bien que se lo gasten en eso”. Y que lo pinte Toulouse-Lautrec, debió añadir.

Van a dar mucho juego, a lo largo de los próximos tres meses, estos dos juicios que conviven en la Audiencia, convertida en sede temporal del Museo de la Corrupción. Hay que ir pensando en los objetos que poner en las

vitriñas si algún día se deciden a hacerle una sede permanente, cuando los juicios hayan acabado. Es difícil decidir destino entre lugares con tantos méritos como Valencia o Boadilla del Monte. O tal vez en Génova. O en Soto del Real.

Viaja al 29/05/2018 o al 01/06/2018 o al 20/11/2019

Un Gobierno a cara o cruz

06/10/2016

Esto le interesará mucho a quien esté a punto de tomar una decisión importante. Da igual si su duda es pedir un aumento, divorciarse o votar abstención en una investidura de Mariano Rajoy. La clave para aumentar las probabilidades de acierto ante la toma de decisiones difíciles es lanzar una moneda al aire. A veces es preferible decidir algo a cara o cruz. En serio.

El defensor de este método es Steven Levitt, economista de la Universidad de Chicago. Para probar su tesis, Levitt pidió a cerca de veinte mil personas que estaban dudando ante un cambio vital importante, que confiaran su destino a lo que dijera la moneda virtual que les ofrecía en su web. Si salía cara, los animaba al cambio. Cruz, lo descartaba. El azar les dictaría qué hacer.

Seis meses más tarde, el economista se encontró con que los que habían seguido el consejo del azar para atreverse a dar el paso que los tenía en vilo, ya fuera aceptar un trabajo, dejar de fumar o tener un hijo, eran más felices que los que se habían quedado como estaban. La clave

no está en el azar, sino en que tomar una decisión es mejor que no tomarla.

Lo que psicólogos y economistas del comportamiento llaman el sesgo del *statu quo* se explica por qué el miedo a lo desconocido suele ser mayor que la necesidad de innovar. Una poderosísima fuerza llamada inercia nos hace creer por defecto que es mejor continuar tal y están las cosas en el momento actual, porque cognitivamente el ser humano tiene la dichosa costumbre de percibir cualquier cambio como una pérdida, aunque a posteriori vaya a salir ganando. No siempre lo más seguro es lo más audaz. Eso lo saben bien tanto los inversores en bolsa como los consejeros matrimoniales.

Así que si es verdad que dejamos de tomar decisiones difíciles que nos convendrían porque la inercia es más fuerte, lanzando una moneda al aire incrementamos al menos un 50 % las posibilidades de romper el *statu quo*. Y, una vez hecho el cambio, siempre es más fácil autoconvencerse de que fue la decisión correcta que seguir comiéndose la cabeza con si hacerlo o no. Sobre todo, en una situación de bloqueo (ya sea psicológico o institucional).

Según el sesgo del *statu quo*, vamos a terceras elecciones por la misma razón que fuimos a las segundas: la incapacidad de nuestros políticos de tomar decisiones complejas. Claro, que si hay alguien que desafía la lógica en la toma de decisiones es Rajoy. Mientras los demás se desgastan dudando qué hacer (¿abstención técnica?, ¿gran coalición?, ¿terceras elecciones?), él ya ha decidido sentarse a esperar. No hay moneda que pueda con eso.

Viaja al 10/07/2019 o al 08/01/2020

¿Cómo recordaremos el estado de alarma?

22/06/2020

Cien días después de que el coronavirus paralizase el país y nos tuviéramos que encerrar en casa como en tiempos de Boccaccio, pero con wifi, seguimos sin saber qué es lo que más recordaremos de esta época extraña y mortal. La más mortal de todas. La de la mayor cifra de fallecimientos en España en cuarenta y cinco años de historia democrática. No olvidemos nunca, por favor, que casi treinta mil muertos en tres meses son muchos muertos. Más los que fallecieron sin hacerles el *test* del covid y aún no han salido en el fatídico recuento. Miles de estas víctimas ni siquiera han tenido aún un funeral en su recuerdo por temor a que el virus también acudiera al entierro.

¿Qué es lo que más recordaremos de los días de encierro absoluto? ¿El aplauso en los balcones, las *vinollamadas* por Zoom y las tardes de repostería *amateur*? ¿O el colapso de las UCI, la tragedia en las residencias y los ataúdes apilados en el Palacio de Hielo cuando en Madrid ya no nos cabían más muertos en la morgue?

La memoria es la máquina más caprichosa de todas. Y como todas esas cosas pasaron a la vez, cada cerebro podrá elegir a su antojo qué recuerdos guardarse para la posteridad. Seguimos sin saber cómo procesaremos estos cien días en los que empezamos confinando tantos derechos y acabamos desescalando libertades. Recién concluido el estado de alarma, aún es pronto para saber si lo que más nos extrañará de estos meses será cómo vivimos la pandemia o cómo vivíamos antes de ella. Porque el virus, no lo olvidemos, todavía sigue por aquí. Diga el BOE lo que diga.

De aquellas semanas de la primavera en las que estuvo prohibido salir de casa sin un perro o un tique del súper, no se me olvidará lo absurda que resultaba la información meteorológica. Qué más daban la lluvia o el sol cuando no se podía salir del salón. Eran los días en que los muertos por covid empezaban a contarse por miles y en los grupos de WhatsApp los memes dejaban paso a los pésames. Las instrucciones para coser una mascarilla sustituyeron por entonces a los vídeos con recetas de bizcocho.

También recuerdo que por aquellos días a la OMS lo de llevar mascarilla aún no le parecía una buena idea. Hace no tanto, reconozcámoslo, que a los demás tampoco. Hasta febrero, eran cosa de chinos y de alarmistas. Nunca nos habíamos imaginado que nos acostumbraríamos a llevarla puesta con 40°. Me pregunto si dentro de unos años, al ver las fotos de este verano tan extraño, nos llamará la atención vernos con la cara tapada. Sería una buena señal. Mucho peor sería que se nos hagan más extrañas las fotos de los años anteriores, cuando aún viajábamos sin mascarilla.

En 2020, hemos comprobado a cuántas cosas increíbles nos podemos llegar a acostumbrar. Al fin y al cabo, al principio del estado de alarma nos dijeron que acabaría el 11 de abril. Era cuando el aplanamiento de la curva siempre estaba a punto de llegar y el Gobierno decretó la parálisis casi total de la economía, cuarenta y ocho horas después de negar que lo haría. No sabíamos por entonces que aún faltaban setenta días para que acabase el estado de alarma, aunque no el virus ni todas las restricciones. En esto que el Gobierno llama nueva normalidad se puede viajar en bus, en tren y en avión pegado al de al lado,

pero dos desconocidos aún no se pueden sentar juntos en un teatro. También es posible ir a la playa y a la discoteca, pero no a la facultad.

Si en este país la educación importara tanto como el turismo, habríamos vivido otra desescalada. Qué poco presentes han estado los pobres críos en los debates de la pandemia. Cien días más tarde de que todo esto empezara, seguimos sin saber cómo volverán a sus clases en septiembre. Todos los niños a quienes he preguntado qué es lo que más han echado de menos durante el confinamiento me han dicho lo mismo. Un poco el cole y a los amigos. Pero, sobre todo, sobre todo, a sus abuelos. Aún no tienen claro si pueden o no abrazarlos, pero de las ganas que tienen no se han olvidado nunca.

Hay otra imagen de la pandemia que no creo que se me olvide nunca. La del ejército italiano llevándose los cadáveres que ya no cabían en Bérgamo. Temía que una semana más tarde pudiéramos ver algo así en España, porque en marzo aprendimos a tomar en serio lo que sucedía en Lombardía. Aquí, a los soldados de la UME los vimos construyendo hospitales de campaña y desinfectando residencias de ancianos, que han sido el verdadero epicentro de la tragedia, aún pendiente de investigar. Eso sí que nunca deberíamos olvidarlo, para evitar que todo ese horror se repita.

¿Seguro que nos acordaremos de todo esto dentro de unos años? El otro día hablé con el presidente de una importante multinacional al que, por ejemplo, ya estaban olvidándosele los muertos. Más bien, como dicen los inversores, los tenía descontados. No entendía este

ejecutivo que se hubieran paralizado las economías europeas, y las de buena parte del mundo, por un virus que “solo” —y de verdad que dijo “solo”— mata a los más vulnerables. Su argumento era económico. No es que desde lo alto de su rascacielos no le pareciera un horror lo sucedido. Pero estaba convencido de que la parálisis económica que ha provocado el encierro generará más calamidad de la que trajo el virus. Me aseguró también que conoce mucha gente que piensa lo mismo, pero aún no se atreve a decirlo en alto.

Ni entre los miles de empleados que trabajan en su empresa ni entre sus amigos influyentes, tampoco en su familia, había habido ningún fallecido por coronavirus. Así es más fácil convencerse de que todo esto no ha sido para tanto. Y que los virus van y vienen. Que a todo se acostumbra uno. ¿También a los treinta mil muertos? Eso creía él. En caso de rebrote, me decía este alto ejecutivo, ya no volverá a decretarse ningún cierre de la economía como el que vivimos en marzo y abril. No es que creyera que en caso de una segunda ola del covid estaremos suficientemente preparados para evitar el colapso sanitario, sino que, aunque este llegara, nadie se atrevería a apretar de nuevo el botón del bloqueo de la economía para salvar unos cuantos miles de vidas. No pensé que una de las cosas más inquietantes que me han dicho desde que empezó la pandemia la escucharía justo al final del estado de alarma. La idea de que nos podríamos acostumbrar a esto. Y que treinta mil muertos dejen de parecernos muchos.

Viaja al 24/05/2021 o al 08/05/2023

El mediador y la coherencia de Pedro Sánchez

02/12/2023

Tener un mediador internacional reuniéndose a escondidas en Suiza con el PSOE y Junts es de lo más coherente que ha hecho este Gobierno últimamente. En serio. Ya lo anunciaba Pedro Sánchez el otro día en una entrevista en TVE, en la misma que habló también de transparencia y diálogo, para luego irse sin aclarar quién se iba a reunir con quién ni dónde ni cuándo. Solo quedó claro el porqué. Por lo mismo que justifica ahora la amnistía que antes rechazaba. Por coherencia.

Qué mejor estrategia para justificar la amnistía que hablar de coherencia. Dijo el presidente Sánchez que la amnistía no era el paso que quería, pero que ahora “es coherente para normalizar Cataluña”. Y la palabra coherencia se quedó retumbando por ahí, esperando que alguien se la tomara en serio. ¿A qué coherencia se referirá el presidente? ¿Coherente? ¿Con qué? Apelar a la transparencia y al diálogo en nombre de la coherencia, al tiempo que normaliza la reunión en el extranjero con un verificador anónimo que media entre dos partidos que dan esquinazo al Parlamento, es arriesgado.

Sin embargo, tiene más sentido de lo que parece. Imaginemos un gobernante que defiende que la amnistía es inconstitucional y un mediador internacional es algo inasumible en las negociaciones políticas de una democracia plena, y que poco después manda a su partido a reunirse a con ese mediador internacional del que hace nada renegaba para ver cómo avanza la amnistía. Imaginemos, además, que lo hace en nombre de la coherencia. Bien pensado, sí

tiene sentido. Sobre todo, si antes ha prometido que no aprobaría unos indultos y los ha aprobado o que no gobernaría con Podemos para luego gobernar. El presidente Sánchez está siendo muy coherente. Mantiene la coherencia de andarse desdiciendo todo el rato.

A falta de leer *Tierra firme*, el próximo libro de Pedro Sánchez, cabe pensar que la única manera de que el protagonista que se autorretrata resulte creíble debería ser viéndole contradecirse todo el rato. Llevarse a sí mismo la contraria primero, para salirse con la suya después. Solo así mantendrá la verosimilitud interna del relato del 23-J. Solo así Sánchez será honesto al retratar su manera de hacer política. Cambiar de idea todo el rato en función de lo que va necesitando para gobernar puede llegar a ser coherente si se convierte en lo único que se espera del personaje.

Sánchez está siendo consecuente con su propio personaje. Solo él puede apelar a la transparencia mientras organiza un encuentro con un verificador anónimo en paradero desconocido para negociar los detalles de un acuerdo opaco. Solo en su caso sería coherente con su manera de hacer política. Es, de hecho, a lo que nos tiene acostumbrados.

Viaja al 11/10/2017 o al 20/02/2019

La penúltima mudanza de Podemos

06/12/2023

Con Podemos está siendo diferente. Siempre lo ha sido. Antes era más fácil saber cómo terminaba un partido político. Iban desapareciendo a base de mudanzas, de legislatura

en legislatura, hasta que poco a poco se les perdía el rastro. Con Adolfo Suárez, el CDS fue pasando de un palacete en Marqués del Duero a otra sede más pequeña en O'Donnell. Y cuando se quedaron sin escaños, se volvieron a mudar a un pisito más modesto en Alcalá, esquina Príncipe de Vergara. Para las últimas elecciones a las que se presentaron, ya nadie se acordaba de su papeleta ni de su código postal. Veinte años más tarde, a Ciudadanos le ha pasado lo mismo, pero mucho más rápido, que para eso la política se ha acelerado. El partido naranja empezó el año cerrando algunas sedes provinciales, en verano ya había abandonado el Congreso y su edificio de dos mil seiscientos metros cuadrados en Ventas. Para Navidad, ya nadie sabe dónde mandarles un *christmas*.

Podemos también está desapareciendo, pero a su manera. Como hace tanto que el partido se empadronó en Galapagar ya no necesitan buscarse otro sitio. Normalmente, los partidos esperan a quedarse sin votos para mudarse a una sede más pequeña. Pero en Podemos fueron tan visionarios que primero achicaron la sede y luego fueron perdiendo los votos, a medida que les empezó a sobrar partido. Con los años, se han ido purgando solitos hasta que les ha quedado una formación a medida de los del chalé. Y a falta de nadie más a quien purgar, la única mudanza que le quedaba por hacer a Podemos era al Grupo Mixto. Así, sin avisar.

En Sumar, se han enterado por la prensa de que Podemos se pasa al Grupo Mixto, igual que los inscritos y las inscritas. A la militancia sí le consultaron en su día la mudanza de su líder al chalé de Galapagar, pero se les ha pasado preguntar si les parece buena idea romper la coalición con la que se presentaron a las últimas elecciones y que forma parte del Gobierno. Se ve que hay mudanzas y mudanzas.

Podemos amenazaba desde hace tiempo con romper relaciones con Sumar, pero ninguna de las partes esperaba que fuera tan rápido. Lo previsible era un golpe de efecto que llegara en vísperas de las elecciones gallegas y vascas, o antes de las europeas. Pero esta espantada ha pillado por sorpresa porque no se produce por ningún choque concreto al que se pueda dotar de la habitual épica tuitera marca de la casa. La ruptura no ha sido por los presupuestos ni por la exigencia de unas primarias más justas, sino a contrapié, después de que la renuncia del coordinador autonómico de Podemos en Madrid, Jesús Santos, les hiciera temer una cascada de renuncias más.

Además, anunciar la ruptura con Sumar para irse al Grupo Mixto un martes por la tarde víspera del puente, más que un golpe de efecto parece una señal de debilidad. Antes, cuando Podemos sorprendía con algo así, se intuía la audacia, ahora, sobre todo se sospecha de improvisación. A falta de nuevos traidores y discrepancias ideológicas, sus últimos fieles ya no tienen clara la estrategia que está siguiendo lo que les queda de partido ni la rentabilidad electoral de esta última jugada. Ni los golpes de efecto son lo que eran.

Así que a lo más que parece aspirar ya Podemos es a que irse al Grupo Mixto no haya sido la última, sino la penúltima mudanza. A estas alturas, salvo sorpresa, será un éxito si en solitario sacan uno o dos escaños en las elecciones al Parlamento Europeo en mayo. Diez años después, volverían a hacer las maletas para terminar donde empezaron.

Viaja al 12/06/2019 o al 07/06/2023

2023

Por qué Taylor Swift es más importante que Xi Jinping

09/12/2023

Taylor Swift es más importante que Xi Jinping. Al menos, para ser considerada persona del año por la revista *Time*. La diva norteamericana del pop se ha impuesto al presidente chino, también al rey Carlos III, que ha debutado este año en el cargo, y a Sam Altman, el creador de OpenAI que está revolucionando la inteligencia artificial. Y tiene más sentido del que pueda parecer que quienes apenas reconocemos sus canciones la tomemos como referente para entender mejor el mundo en que vivimos.

Hablar de Taylor Swift no es solo hacerlo de música. Su última gira ha impulsado el PIB estadounidense en cinco mil millones y su impacto sale en los informes de la Reserva Federal por su efecto en la recuperación de las economías locales, allá por donde pasa su gira de conciertos.

Es la reina de los escenarios, un icono generacional y también una empresaria con mucho poder en la industria del entretenimiento, por encabezar una rebelión exitosa contra la industria discográfica al conseguir el control sobre su propia música. Regrabando sus primeros discos consiguió recuperar el control sobre ellos y demostró su poder como líder de masas al conseguir que sus fans escucharan sus nuevas versiones en vez de las antiguas. Eso es economía y también política. Es poder.

Según Bloomberg, el suyo es el catálogo más valorado y se estima en mil millones de dólares, el doble que el de Bruce Springsteen. Taylor Swift también se estudia en Harvard, Standford y en Berkley. Hay mucha demanda de estos cursos, también muchos detractores que consideran poco serio

568

dedicar un semestre a Taylor Swift. A todos ellos, Stephanie Burt, una de las profesoras de inglés en la Universidad de Harvard que imparte uno de los cursos sobre la cantante, recordaba en *The New York Times* que casi todo lo que se enseña en literatura fue en algún momento una forma de arte popular de poco prestigio que en su época no consideraban digno de estudio, incluido el propio Shakespeare.

Como compositora, *Time* la compara con Bob Dylan y Paul McCartney. Como artista, con Elvis Presley y Madonna. Quienes en su juventud fueron fans de algunas de estas superestrellas del siglo XX les parecerá una exageración. Seguro que recuerdan también que eso mismo era lo que sus padres o abuelos decían de estas estrellas cuando empezaron a hacerse populares.

Pero si Taylor Swift es mejor icono del momento que vivimos de lo que parece es por lo mucho que necesitábamos que alguien como ella fuera el personaje del año. Alguien rico y famoso, como en los buenos tiempos, y no alguien que defiende o amenaza el orden mundial.

Llevábamos unos años demasiado intensos. El año pasado, cuando Rusia invadió Ucrania, la portada de *Time* fue Zelenski. En 2021, el siempre inquietante Elon Musk. En el 20, el año que empezó el covid, Joe Biden y Kamala Harris. Unas semanas después de aquellas elecciones tan ajustadas fue el asalto al Capitolio.

Que en 2023 la portada de *Time* sea Taylor Swift seguramente es solo un espejismo, pero uno necesario. Nos recuerda a aquellos años en que no estaban pasando continuamente cosas extraordinarias, las democracias occidentales no estaban amenazadas o no llegaba una tecnología que estaba a punto de cambiarlo todo, todo el rato.

Esto no quiere decir que el mundo no siga patas arriba. La guerra de Ucrania no se ha terminado y ahora hay que sumarle la de Israel contra Hamás. No solo no se han acabado las incertidumbres tecnológicas ni geopolíticas, sino que se agravan. Occidente sigue en vilo por el cambio del orden mundial y los populismos en auge. De hecho, Trump puede volver a ser presidente el próximo año.

Por eso, Taylor Swift es importante para entender el mundo en que vivimos. Para recordarnos, de hecho, la normalidad que tanto añoramos. Además, qué mejor prueba para recordarnos lo rápido que cambia todo que sea la superestrella del momento y muchos no teníamos ni idea de quién es.